

DE BIEN EN
MEJOR

Mayo - Junio



2022



PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS
(COLOMBIA)

QUE A VIDA ETERNA SABE



El presente número nos convoca para hablar de eternidad en el contexto del tiempo pascual y nos invita a meditar sobre resurrección a la luz de San Juan de la Cruz, el santo del Amor. Llama de Amor Viva es el pretexto para estas reflexiones, pues es una maravillosa expresión poética de la que echa mano el autor para tratar de declarar lo que ocurre en el ser humano cuando se encuentra plenamente unido a Dios.

Juan de la Cruz da testimonio de resurrección al hablar del alma que se reconoce como morada de la Trinidad. Lo mismo que los personajes del Evangelio, que fueron testigos de los hechos pascales, se descubrieron amados y salvados al reconocer al Maestro vivo entre ellos. Por eso, sería imposible desligar la vivencia del Santo de Fontiveros de la que cambió la vida de aquellos primeros discípulos que transformaron la realidad viviendo el Amor en la unidad, la unidad en el Amor; tanto el uno como los otros solo

comunican a un Dios *que a vida eterna sabe*. El sabor que dejó Jesús en cada uno de ellos.

El ser humano es caminante, itinerante y buscador. El místico y el discípulo son claro ejemplo de las búsquedas y el seguimiento. Así, místico y discípulo se vuelven la misma cosa, pues el que busca y encuentra, es *iniciado*, introducido en la experiencia del misterio divino, convirtiéndose en seguidor. La Pascua es la suma de la itinerancia, de los pasos dados, de las búsquedas que han llevado al ser humano a encontrar su esencia y origen. Por eso, buscar el sabor de la eternidad se convierte en la meta más honda, pero también en camino recorrido, puesto que, el encuentro con lo eterno se da en muchos momentos de la vida. El ser humano busca y Dios se hace *encontradizo*, se deja reconocer y sentir en cada recodo del camino. Cuando el buscador y el que se deja encontrar se topan, se comunican mutuamente su ser y se da esa unión entre humanidad y divinidad, sueño maravilloso de Dios para sus hijos. El poema

Llama de Amor Viva en su cantar deja esos rastros del encuentro que se produce en el **Comunicar la eternidad**

Llama de Amor Viva, podríamos decir, es un canto a la intimidad divina. San Juan de la Cruz intenta, por medio de las limitantes del lenguaje que él mismo reconoce, expresar una experiencia profunda de su alma que afecta la vida entera. El poema, por sí solo, debería bastar para dejar en el aire partículas de algo inenarrable. Sin embargo, la necesidad de especificar y declarar cada verso para que haya una mejor comprensión de parte de quien lee, lo lleva a la línea extrema donde, de cruzarla se entorpecería la comunicación de la experiencia. El santo mismo dejará entrever en varios pasajes de sus obras que es mejor no dar más explicaciones cuando las palabras ni alcanzan ni existen, pues lo único que se lograría es empañar el misterio.

Llama deja entrever una honda experiencia relacional entre el alma y el Dios, Uno y Trino. *Canciones que hace el alma en la íntima unión con Dios*. Así comienza el santo la exposición de las canciones que componen este poema. Sabemos aquí que, al decir alma, la referencia es sobre sí mismo, pues el místico no habla, ni podrá hacerlo, de algo que no haya vivido antes. El carácter mistagógico de Juan de la Cruz es excelso, tiene una alta capacidad de revelar el misterio y el gran indicador de esto es que él mismo sabe callar en el momento en que nada más debe ser dicho.

Llama habla de comunicación, es decir de relación. Donde existe comunicación es porque le ha antecedido el comienzo de una relación. Por eso, estos versos hablan de

interior y que pasa por la vida entera.

comunicación profunda, de intimidad, de conocimiento y reconocimiento. Hablan de ternura y de herida; de encuentro y de toque; de delicadeza y blandura; de luz y de fuego; de profundidad y oscuridad; de mansedumbre y dulzura; de secretos y moradas; de habilidad y belleza; de muerte y vida; de gloria y eternidad. En fin... de Amor. Todo expresa una realidad palpable. Tantos adjetivos para describirla no hablan sino de la inconmensurable riqueza que contiene y del inmenso deseo de comunicarla.

¡Oh cauterio suave!

¡Oh regalada llaga!

¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado...

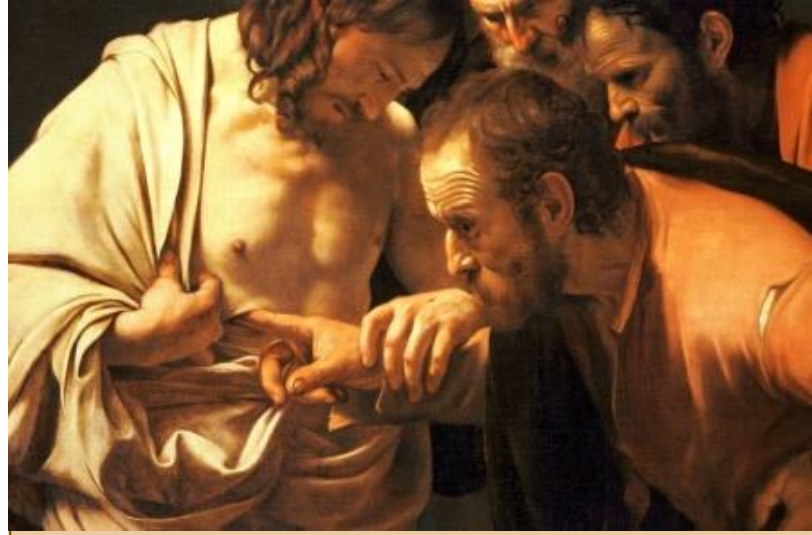
Un Dios que es dolor y suavidad, ¿no es semejante a lo que sentimos en las entrañas cuando estamos verdaderamente enamorados? Un Dios que toca y acaricia con inmensa delicadeza, ¿no es acaso el detalle fino del buen amante? Un Dios que paga y retribuye aun cuando no debe nada ¿no se parece a la generosidad de aquellos que conocemos que dan sin esperar?



Ahora bien, si hay algo que le brinda al ser humano la posibilidad de trascender y llegar a su plenitud es el Amor. No hay sentimiento ni experiencia de vida más grande que el don inherente de amar, el cual, solo la fuente misma del Amor pudo haberle comunicado. Quien le creó le comunicó lo mejor de sí mismo al crearle. Por eso el ser humano es creatura de Amor, porque lleva en sí mismo la comunicación de todos los bienes de Dios. Solo el Amor comunica, cuando comunicar no se trata de hablar sino de entregar, de dar. Así lo expresa Juan de la Cruz en la declaración que hace del verso *Oh lámparas de fuego*, en el cual dice de los atributos divinos que son comunicados, transmitidos al alma:

Para entender qué lámparas sean éstas que aquí dice el alma y cómo luzcan y ardan en ella dándole calor, es de saber que Dios, en su único y simple ser, es todas las virtudes y grandezas de sus atributos: porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte, es amoroso, etc., y otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos. Y siendo él todas estas cosas en su simple ser, estando él unido con el alma, cuando él tiene por bien abrirle la noticia, echa de ver distintamente en él todas estas virtudes y grandezas, conviene a saber: omnipotencia, sabiduría, bondad, misericordia, etc. (LI 3,2).

Si el Amor es la máxima definición de ser humano, cuánto más es la definición por excelencia de ser divino. Aquí se cumple la finalidad del poema, y es mostrar cómo, a



través de esa comunicación entre Dios y el alma, el regalo de sus dones, hacen que el ser humano sea plenamente humano al descubrirse plenamente divino. Humanidad y divinidad se funden en la obra del Padre. El Hijo es el ejemplo de ello, en él se muestra que es posible y deseable para todos los hijos. Y es el Espíritu Santo, el Amor en movimiento, quien lo hace realidad.

Y si el Amor habla de plenitud, pues que mejor escenario que la misma eternidad. Por eso todo lo que declara el santo en estos versos dejan a cada paso ese rastro, o más bien, ese sabor de eternidad. La Resurrección de Jesús es en sí misma la expresión máxima de esa plenitud a la que estamos llamados al ser creaturas de Amor del Padre. Así lo encarnaron los primeros discípulos, de quienes procede la comunicación de la experiencia pascual que hizo de nosotros los bienaventurados que “creyeron sin haber visto” (Jn 20,29).

DUDAR ES BUSCAR LA ETERNIDAD

*Toque inefablemente delicado del
verbo...
(Ll 2,20)*

Los relatos de la Pascua que nos ofrecen los Evangelios difieren entre sí, no en el sentido estricto del mensaje que quiere ser transmitido, ni en el hecho de anunciar al Jesús que vive, sino en las experiencias vividas por cada uno de los testigos. Los discípulos, fieles caminantes, amigos, seguidores del Maestro, desde cualquier perspectiva humana, entran en conflicto con la fe y la razón. Unos, como Pedro y Juan (cf Jn 20,3-10) quieren saber; otros, como Tomás (Cf Jn 20,25) desean sentir, palpar, ver. Pero hay un detalle común en todos, las dudas y los deseos se satisfacen ante el hecho de estar frente al Maestro y, fundamentalmente, reconocerlo. Si repasamos uno a uno todos los relatos, nos encontraremos ante el hecho innegable de que lo único que hacía serenar la incertidumbre y la desesperanza era cuando el Maestro se hacía presente en medio de ellos y se dejaba reconocer por medio de signos elocuentes que les recordaban hechos cotidianos de la convivencia con él.

Pero aún los discípulos, quienes más adelante se convertirán en los pilares que sostienen la fe de las comunidades, aún ellos, necesitaron más de una aparición del resucitado para creer y ser confirmados en la fe y en la esperanza. De ahí, la bienaventuranza que Jesús regala, ante la persistente prueba pedida por Tomás, a *todos los que creerán sin haber visto* (Jn 20,29), pues ya no será necesaria la prueba de la presencia física como sí el reconocimiento en las actitudes de Amor y unidad que acompañen a la comunidad para dar verdadero testimonio de la vida y la salvación.

Cabe, entonces preguntarnos, de manera personal, ¿cuál es el Jesús vivo que conozco, amo y sigo? ¿Ando buscando una apariencia o quiero reconocerlo en la experiencia? Estas y otras preguntas que surjan cada vez que celebramos la Pascua como Iglesia, nos deben hablar, no tanto de dudas y faltas de fe, sino de una necesidad genuina de descubrirlo actuante en nuestra vida.



CREER ES ENCONTRAR LA ETERNIDAD

¡Oh, pues, toque delicado!, que tanto copiosa y abundantemente te infundes en mi alma, cuanto tú tienes de más sustancia y mi alma de más pureza.
(Ll 2, 19)



Experimentar la negación ante la realidad de la muerte es uno de los síntomas más notorios de nuestras experiencias de duelo cuando un ser querido fallece. Advertir la sensación de que tal vez no ha muerto, que de alguna manera volverá y continuará la vida a nuestro lado, son emociones naturales ante un hecho sin reversa. Tal vez era la sensación que llevaban los discípulos dentro, tal vez era la sensación que acompañaba a María Magdalena en la mañana de la resurrección, cuando iba camino al sepulcro. Ilusiones disfrazadas de esperanza. Pero el hecho real es que frente a la tumba vacía llora porque le han quitado lo único que consideraba que la mantendría unida al *Rabbuní*, su cuerpo sin vida. A María la mantiene en camino el hecho de haberlo tenido, de haber compartido a su lado tantos momentos de amor real, de sanación, de liberación. Eso lo conserva vivo en su corazón, aunque el dolor de la ausencia parezca más fuerte. Ese dolor es el que la

hace estar de ojos abiertos ante la muerte y cerrados ante la vida. Sin embargo, María Magdalena es la primera en creer porque es la primera en buscar, en consecuencia, la primera en encontrar. Mientras Pedro y Juan retornan con más dudas que certezas, ella permanece hasta saber lo que ha pasado. Pregunta a los ángeles, es decir, a todo el que pueda dar una respuesta, dónde han puesto a su Señor (Cf Jn 20,11-17), evocación que se siente en los versos sanjuanistas ... *si por ventura vierdes aquel que yo más quiero, / decidle que adolezco, peno y muero* (CE, 2). Y era la Vida, que dejaba *rastros de hermosura*, la que estaba frente a ella. Y le reconoce por el sonido cotidiano de su voz, esa que constantemente pronunciaba su nombre desde el día que la rescató y le fue restituyendo la pureza de su alma. Y allí lo ha encontrado, ha visto vivo *su amor y su esperanza*, lo ha reconocido y lo ha anunciado, aun cuando los demás sigan presos de la duda y la desesperanza. La voz de

Jesús es el toque delicado y suave que le ensancha el corazón hasta descubrir que el Padre en el Hijo se ha vuelto el Dios de todos y que los hace a todos hermanos.

DE VUELTA A LA ETERNIDAD

...y tan delgado efecto y dejo dejás en ella.
(Lc 2,18)

Siguiendo el hilo de los primeros testigos de la resurrección, no podríamos dejar de pasar por la aldea que estaba *a unos diez kilómetros de Jerusalén* (Lc 24,13). La experiencia de los discípulos de Emaús es quizá la experiencia de la mayoría de los buscadores que, en determinadas circunstancias adversas de la vida echan hacia atrás y pretenden desandar lo caminado. Conversando y discutiendo sobre los hechos sucedidos en el Calvario, conforme retornaban al lugar de donde partieron para seguir al Mesías, se iba desvaneciendo en ellos el sabor de eternidad que habían degustado con él. Mientras María Magdalena, Pedro y Juan buscaban respuestas en el sepulcro, los dos de Emaús se alejaban, perdidos en la desesperanza. Esa tentación constante en la vida de volver al pasado cuando no hay respuestas frente al futuro; de

retornar frustrados cuando sentimos que hemos fracasado. Ese frío en el corazón cuando creemos que lo hemos perdido todo. Esa negación en duelo de creer que luego de la muerte no hay nada más en el camino.


En medio del dolor y la incertidumbre, el *encontradizo* se hace presente y se pone a caminar a su lado por el camino. Y conforme iba hablando, unos dejós, una nostalgia, un no sé qué revivía en ellos hasta que, igual que otras apariciones pascuales, le reconocieron en los actos de Amor que se habían vuelto cotidianos, parte del día a día, del camino andado. Partir el pan, multiplicarlo, distribuirlo, entregarlo, despertó en ellos el sentido de la vida que la muerte había apagado. *¿No sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?* (Lc 24,32). El calor en el corazón habla del sentido del hogar, de lo que es verdaderamente importante, del lugar al que verdaderamente pertenecemos. Como el sabor que evoca lo que se ha vivido, ese pan partido les devolvió las fuerzas para ir tras el rastro que los haría a ellos mismos sabor de eternidad. Con ese ímpetu volvieron a dar testimonio, dando crédito al anuncio de las mujeres que, antes de partir a Emaús, habían desestimado (cf. Lc 24, 22-23)



LA SEÑAL DE ETERNIDAD

El alma es el vaso ancho y capaz por la delgadez y purificación grande que tiene en este estado.
(Ll 2,19)

Luego de las experiencias posteriores a la resurrección de Jesús, vistas de paso en párrafos anteriores, más profundas y detalladas en los relatos evangélicos, la primera comunidad comprendió algo que ya el Maestro había comunicado a sus corazones desde que empezaron la travesía con él: no hay otro camino que el del Amor. En el contexto de la Última Cena, Jesús se hace aún más explícito en ello. El Evangelio de Juan deja traslucir en las palabras del Señor las sensaciones y el sentimiento que lo embargan y que envuelven toda la atmósfera de ese instante en una solemnidad celestial. El lavatorio de los pies, la comparación de la vid y los sarmientos, la oración por ellos y por los que creerán a través de ellos; todo, incluso la traición de Judas y el aviso de la negación de Pedro, hablan de la realidad del Amor como plenitud humana. Jesús conoce como nadie el corazón de cada uno de los discípulos, sabe de las posibilidades de fallar y de los profundos deseos de amar. Sabe de sus miedos y de sus terquedades para comprender el Reino más allá de lo que esperan en razón de lo que su pueblo siempre ha aguardado. Y sabe muy bien Jesús que, en el Amor todo es posibilidad



y trascendencia, por eso remarca con hechos y palabras, una vez más, lo que los definirá por el resto de sus días. El Amor todo lo hace posible, sí. Tal es esta verdad que, el Maestro, sin reservas, les dirá: *Les aseguro: quien cree en mí hará las obras que yo hago, e incluso otras mayores* (Jn 14,12 ss). Ser fiel al Maestro es permitir que su Palabra se cumpla en quien le ama y le sigue, yendo más allá cuando de amar se trata.

Por fin entendieron esto en los hechos de la Pascua. Comprendieron que el Amor queda para siempre, que fue la verdadera manera que eligió el Señor para eternizarse y permanecer en el corazón y en la memoria. Él se iba, pero se quedaba con ellos hasta el final de los tiempos en el Amor que entregó hasta la última gota. Después de tantas parábolas, enseñanzas y obras, comprendieron que el Reino de los Cielos se parece a... **un hombre que se entregó todo por Amor**. Por eso, la única manera de mostrarlo al mundo era entregarse también ellos del mismo modo. Vivir la Pascua para siempre, reconocer a Jesús vivo, era recordar siempre sus palabras: *les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo los he amado, ámense*

también entre ustedes. La señal por la que los Conocerán *todos que son mis discípulos será que se amen unos a otros* (Jn 13,34-35).

Lo que los discípulos comenzaron a poner por obra fue enseñar con hechos y palabras que Jesús vive en cada corazón que ama. Que el ser humano se hace Cristo cada vez que es capaz de amar como él le amó. Que el Resucitado nos enseña que estamos capacitados para amar porque Dios nos amó primero, y la gloria del Padre es el ser humano viviente, y el ser humano que verdaderamente vive es el que verdaderamente ama. Sin amor no hay historia de salvación. Sin Amor nada en el ser humano tendría sentido. Jesús nos ha salvado porque nos ha amado. Nuestra salvación es el amor de Dios en Jesús.



“QUE A VIDA ETERNA SABE...”

...que se gusta en este toque de Dios
(Ll 3,21)

Ahora bien, el gran signo de que la primera comunidad asumió la experiencia del Resucitado, es que pasaron del querer saber si en realidad el Maestro estaba vivo o no, al querer dejar el rastro de sabor eterno que él les había comunicado. Por eso, la acción consecuente fue amarse. Ver que se amaban era ver al Maestro amando, por ello serían reconocidos. Saber a Amor era saber a Jesús.

Los alimentos, para que den su mejor sabor han de pasar por distintos procesos de preparación y cocción, según lo requieren. Quien es diestro en la cocina sabe sacar el mejor sabor a través de métodos que le brindan el conocimiento y la experiencia. Todo buen cocinero sabe ir más allá de lo que le han enseñado, por eso cada uno tiene aquello que se conoce como su *toque secreto*, algo que solo él sabe aplicar y que da como resultado que quien prueba, se quede maravillado con lo que saborea, pero sin saber describirlo con exactitud. Eso es la eternidad, eso es la experiencia del místico, la de todo ser humano que se lanza a amar y dejarse amar. Es ese dolor suave en las entrañas; ese *cauterio suave*, es esa *mano blanda* y

ese *toque delicado*. Es la presencia de Dios que une lo humano y lo divino, que le regala todos los bienes de su Amor, que le hace saborear en la tierra aquello a lo que sabe la eternidad. El alimento amorosamente preparado da sabor de reminiscencia, el buen sabor siempre nos recuerda algo, un tiempo, un lugar; o a alguien, una persona importante y amada. Así el Amor da sabor de eternidad, recuerda la eternidad y da nostalgia de cielo a quien lo prueba. Es ese desear vivir en plenitud.



Podríamos aplicar aquí esa máxima teresiana: *Para aprovechar mucho este camino... no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare a amar, eso haced* (MIV 1,7) Aunque, podríamos acomodarlo a nuestro propósito, o el del mismo Juan de la Cruz, que no está la cosa en hablar sino en saborear... en obrar. *Callar y obrar*, dirá él en otro pasaje. Es tal esta verdad en el santo que, al verso *que a vida eterna sabe* solo le gasta en declarar dos numerales, en los que deja condensado lo único que se atreve a decir, pues lo esencial no es conocer sino degustar, saber. Así lo expresa:

Que, aunque no es en perfecto grado, es, en efecto, cierto sabor de vida eterna, como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increíble que sea así, creyendo, como se ha de creer, que este toque es toque de sustancia, es a saber, de sustancia de Dios en sustancia del alma, al cual en esta vida han llegado muchos santos. De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente es imposible decirse; ni yo querría hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios, como en estas almas pasan; de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo y gozarlo y callarlo el que lo tiene (Ll 2,21).

Ni es posible decirlo ni se quiere decir. Es la misma experiencia de los discípulos que, ante la imposibilidad de comprender, se dedicaron a hacer, o mejor, a ser... sabor de Cristo Resucitado en medio del mundo. Tanto es así que, en el episodio que narra la Ascensión del Señor en el libro de los Hechos de los Apóstoles, *Seguían con los ojos fijos en el cielo mientras él se marchaba, cuando dos personas vestidas de blanco se les presentaron y les dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Este Jesús, que les ha sido quitado y elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir (Hch 1,11)*. Se fue amando y volverá amando. No era el hecho de quedarse esperando a que retornara su figura humana sino

reconocerle en cada acto de Amor realizado. Y el Amor requiere prontitud como la carrera de María Magdalena, y la de Pedro y Juan en la mañana de la resurrección, sin comprender, pero movidos por el sabor y el rastro del Amado.

El ser humano necesita, hoy como siempre, sentirse tocado por el Amor de Dios. Cada vez que Dios toca la realidad de alguien su vida se transforma. No cambia, porque cambiar es quitar una cosa y poner otra. El que le ha creado no reniega de su obra, pues le ama. Es la misma vida, la misma persona que, al ser transformada por su Creador, es llevada, paso a paso, hacia la plenitud en su mismo ser... hacia la eternidad. Por eso continúa Juan de la Cruz diciendo:

Que, aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, por ser toque de Dios, a vida eterna sabe. Y así, gusta el alma aquí de todas las cosas de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad, etc. Que, como Dios sea todas estas cosas, gústalas el alma en un solo toque de Dios, y así el alma según sus potencias y su sustancia goza (Ll 2,21).

Quien ama goza de todos los bienes que da el Amor. Quien se siente amado recibe todos los bienes que da quien le ama. Quien ama y se deja amar se goza desde ahora la eternidad... se deleita en saber a eternidad, a Dios.

Pero no podemos dejar en el aire que la experiencia del Amor que sabe a eternidad es algo etéreo. Que, aunque no se pueda decir con palabras no significa que no se pueda vivir. Por eso para Juan de la Cruz el toque del Amor de Dios se siente no solo en el fondo del alma, sino que redundaba en el ser entero. Así concluye la declaración de este verso *que a vida eterna sabe*:

Y de este bien del alma a veces redundaba en el cuerpo la unción del Espíritu Santo, y goza toda la sustancia sensitiva, todos los miembros y huesos y médulas, no tan remisamente como comúnmente suele acaecer, sino con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta los últimos artejos de pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece a Dios, sintiéndole en sus huesos, conforme aquello que David (Sal. 34, 10) dice: Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién semejante a ti? (Ll 2,22).

Hasta cada centímetro del cuerpo siente cómo ese sabor de eternidad lo embarga y lo hace salir de sí mismo para comunicar ese sabor por donde pasa. No hay que buscar por el mero conocimiento a Dios, pues así lo único que se llena es la mente. Es la *unción del Espíritu Santo*, la que posibilita vivirlo. Hay que dejarse tocar para comprender con el ser entero, y como los discípulos, reconocer al Dios vivo presente en todos y en medio de todos, comunicando bienes de gloria y eternidad.

Qué buena tarea nos deja a todos, como familia carmelitana, este tiempo pascual: buscar ser sabor de Cristo, procurar dar a nuestra realidad, en medio de la comunidad, la familia y la sociedad, ese sabor a eternidad. No postergar el cielo, sino vivirlo en el aquí y el ahora, en lo que somos y tenemos. Que todo lo que amamos se vuelva infinito, aun en la finitud de nuestros días.



Entonces... ¿hemos hallado ese sabor?

Para terminar... la oración del carmelita

Señor, te doy gracias porque me has llamado a vivir la experiencia de tu Amor en la gran familia del Carmelo Descalzo; porque me has dado la conciencia de que soy parte de la Iglesia y que, desde esta comunidad fundada por Santa Teresa de Jesús, puedo irradiar tu Amor al mundo con la alegría propia de quien se siente amado, salvado y bendecido.

Te pido que hagas de mi alma un hermoso Castillo de Cristal que sea tu morada, que en ella se haga visible tu Presencia para la edificación de mis hermanos. Guíame por el Camino de

Perfección, camino de Evangelio; enciende la Llama de Amor Viva, fuego sagrado de tu Espíritu que ilumine mi noche oscura y ayude a otros a enfrentar en esperanza sus dificultades. Hazme dócil para que mis palabras y acciones sean un Cántico Espiritual como testimonio ante el mundo de la belleza suprema que eres Tú, y así, llegar a la meta que es Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén. (Quien a Dios Tiene. Oracional Carmelitano).



Bibliografía

De Jesús, Teresa. Las Moradas. Obras Completas. Editorial Monte Carmelo. Burgos, España. 2009.

De la Cruz, Juan. Llama de Amor Viva. LL.B. Obras Completas. Editorial Monte Carmelo. Burgos, España. 1993.

De la Cruz, Juan. Cántico Espiritual. CB. Obras Completas. Editorial Monte Carmelo. Burgos, España. 1993.

Guerra, J. Quien a Dios Tiene, Oracional Carmelitano. Ediciones Monticelo. Medellín, Colombia. 2017.

Schökel, A. La Biblia de Nuestro Pueblo. Mensajero Editorial. Bilbao, España. 2015.

**BOLETIN: “DE BIEN EN MEJOR 2022”
MOVIMIENTO DE LAICOS CARMELITAS
TEMA: LLAMA DE AMOR VIVA.
Casita Teresiana de Oración.
Que a vida eterna sabe**

